 Tiempo de lectura: 9 min.

El testimonio de don Giovanni Battista Francesia recorre casi cuarenta años de familiaridad con don Bosco, a quien conoció de joven en el Oratorio. Afloran el clima de familia, el papel materno de mamá Margarita, los paseos por el Monferrato como instrumento educativo y apostólico, y el nacimiento de la Congregación salesiana con el asombro por su rápida expansión. Francesia recuerda la profunda devoción mariana de don Bosco, episodios de caridad pastoral, conversiones significativas y su inquebrantable confianza en la Providencia. El resultado es el retrato de un educador ardiente, siempre volcado en la salvación de las almas, capaz de leer los corazones, infundir valor y transformar cada circunstancia en una ocasión para el bien.

Porque paso a paso escaló el cielo.

Yo soy Giovanni Battista Francesia, de 55 años, de S. Giorgio Canavese, salesiano, Inspector de la provincia piamontesa. Soy licenciado en bellas letras.

Conocí a Don Bosco en 1850 *(Francesia tenía 12 años*). Llevaba pocos días en Turín con mis parientes, cuando el día de Todos los Santos (*7 de noviembre*) un primo mío me invitó a ir a ver a Don Bosco. Me dijo: «Ven a ver a Don Bosco, es un buen sacerdote, quiere mucho a los jóvenes. Hoy es la fiesta de Todos los Santos y nos dará castañas». Fui. Al entrar en el patio, vi venir a mi encuentro a un sacerdote: era Don Bosco. Me puso la mano en la cabeza y luego me habló en voz baja diciéndome: «¿Estarías dispuesto a decirme dos palabras al oído?». «Sí, sí», le respondí. «¿Pero sabes lo que quiero decir?». «Quieres decir que venga a confesarme». «Bravo, has acertado de pleno». Me quedé en el Oratorio hasta bien entrada la noche, participando en el canto de vísperas, en el discurso y en la bendición. Después, Don Bosco nos acompañó hasta fuera del Oratorio, unos trescientos metros, donde se cantó un himno, y luego cada uno se fue a su casa.

Desde ese momento empecé a frecuentar el Oratorio festivo, y dos años después fui acogido en la casa como estudiante; más tarde fui clérigo y sacerdote de Don Bosco, como lo soy actualmente, y así he gozado de la familiaridad de Don Bosco durante treinta y ocho años.

«Mamá Margarita en los últimos años ya no daba abasto»

Los padres de Don Bosco fueron Francesco y Margherita Occhiena, natural de Capriglio. Yo solo conocí a la madre, porque el padre, según oí decir, había muerto cuando Don Bosco tenía solo pocos años… La madre gozaba de buena estima entre cuantos la conocían, como mujer que cuidaba bien de sus hijos, criándolos cristianamente. Y verdaderamente, habiéndola conocido yo después durante siete años en el Oratorio, encuentro que la fama no era en absoluto exagerada. Vestía modestamente y como una simple campesina, se ocupaba de todos los asuntos del Oratorio, hacía de madre para todos, y todos la llamaban «la mamá». Cuando Don Bosco quería presentarla a algún forastero, se notaba que ella sufría en su humildad. En mi opinión, esta buena mujer sintió mucho disgusto al verse, en los últimos años, incapaz de desempeñar todas las tareas, por el creciente número de jóvenes. A menudo iba a ver a Don Bosco y le decía: «Hay tantas cosas que hacer, y yo ya no puedo más». A lo que él respondía: «Esté tranquila. ¡No trabaje tanto! Lo que no pueda hacer usted, lo haremos hacer por otros». En su vejez, Don Bosco hizo que se le prestaran todas las atenciones que bien merecía.

Los paseos por el Monferrato (1852-1864)

Cuando Don Bosco tuvo que pensar en el descanso (*de sus jóvenes*) después de las fatigas anuales, pensó en hacer los paseos por el Monferrato, llevando consigo a un centenar de jóvenes con la banda de música. A primera vista parecería que aquellas caminatas, que duraban incluso quince días, tenían como único fin el alivio y el esparcimiento de los jóvenes. Pero nosotros veíamos cómo Don Bosco las orientaba al bien cristiano de la gente. En los pueblos donde se detenían los jóvenes, por la mañana se acercaban a los sacramentos en la iglesia parroquial, cantaban la Misa con música; por la tarde, las letanías, la bendición con el Santísimo Sacramento: una función religiosa en la que participaba con singular recogimiento la gente. Después de la función, a menudo se ofrecía una representación teatral, en un lugar

donde todos pudieran asistir.

Con estas honestas diversiones se impedían bailes públicos y otros espectáculos mundanos. Por la noche éramos huéspedes de seminarios, casas parroquiales, casas de buenas personas designadas por el párroco local. Algunos de nosotros, los más mayores, vigilábamos el buen comportamiento moral.

En uno de estos paseos se había establecido celebrar la fiesta del Sagrado Corazón de María en Vignale (*Alessandria*). Toda la función fue confiada a Don Bosco, a sus sacerdotes y a sus jóvenes. La noticia de la fiesta atrajo a mucha gente también de los alrededores, y la iglesia del pueblo estaba abarrotada de personas.

En el momento de la predicación, todos pendían de los labios de Don Bosco, pero más que nadie el párroco. Este, desde las primeras palabras, se plantó delante del púlpito y no perdió ni una palabra. Cuando Don Bosco narró el hecho de la institución de la Archicofradía del Sagrado Corazón de María en París, el párroco comenzó a llorar, y lloró hasta el final. Luego corrió a la sacristía, donde precisamente bajaba Don Bosco por la escalera del púlpito. Se arrojó a sus pies, exclamando entre sollozos: «Usted no ha venido a predicar a las ovejitas, sino al pastor». Don Bosco quería levantarlo de allí, pero no hubo manera. Poco a poco, recuperada la calma, entabló conversaciones íntimas con Don Bosco, y acordaron dar una misión popular a la gente. Encargó a Don Bosco que enviara a los predicadores, entre los cuales estuvo don Giovanni Cagliero, ahora obispo (*El hecho ocurrió en el otoño de 1862*).

El nacimiento de la Congregación salesiana

La Congregación salesiana fue tomando cada vez más forma en la mente de Don Bosco. (…) En 1862, quizás en mayo, emitieron los votos él y los que estaban inscritos, entre los cuales yo mismo. (*Eran 22 más Don Bosco, y era el 14 de mayo*).

Recuerdo que entonces Don Bosco dijo estas palabras: que debíamos considerarnos como soldados de la Iglesia y del Papa, y que con la ayuda de Dios y la nuestra, aquella humilde sociedad contaría con no menos de mil miembros en el espacio de 25 o 30 años, y se extendería por muchas partes del mundo.

A nosotros que lo oíamos, nos parecía imposible que aquella sociedad, que él

llamaba humilde y lo era, llegara a multiplicarse tanto. Hoy, después de 32 años (*Don Francesia da este testimonio en 1894*), vemos cumplida ampliamente la palabra de Don Bosco, pues los inscritos y los profesos (*de la Congregación salesiana*) superan los mil quinientos, entre los cuales hay más de cuatrocientos sacerdotes.

«Cuando Don Bosco bendijo a mi madre afectada por el cólera»

Nos decía a menudo que todo lo que se había hecho en el Oratorio, Dios había querido que ocurriera por intercesión de María Santísima. En la última conferencia que dio a los Salesianos en 1886, en la fiesta de la Inmaculada, repetía a menudo: «Dios quiso darnos todo por las manos de María».

Yo recuerdo que en 1854 (*Francesia tenía 16 años*), fui a llamarlo para que viniera a confesar a mi madre que había sido afectada por el cólera. Él, antes de verla, pasando por delante del Santuario de la Consolata, me dijo: «Si me prometes que cuando seas sacerdote, predicarás la devoción a la Virgen, y propagarás su culto, tu madre se curará». Y mi madre no solo se curó, sino que vivió todavía veinte años y más.

La conversión del caballero Federico Oreglia di S. Stefano

Recuerdo el empeño que Don Bosco puso para ganar para el Señor a un joven, bien conocido por mí, muy dado a las diversiones del mundo. Se esperaba también en la familia (*el tío de Federico era el cardenal Oreglia*) que la cercanía de Don Bosco le beneficiaría. Le exhortaron a ir a hacer los ejercicios espirituales a S. Ignazio, cerca de Lanzo, porque se sabía que allí estaba Don Bosco. Él hablaba con este joven también de gimnasia, de música y de muchas otras pequeñas cosas. Este comportamiento amable comenzó a ganarle un poco de amistad, y luego toda la confianza.

Don Bosco nunca le dijo otra cosa que no fuera: «Señor caballero, mire que tenemos muchos asuntos que tratar…». «¿Y cuáles serían?». Y Don Bosco: «¿Usted me lo pregunta? ¡Tenemos que tratar el asunto del alma!».

Este lenguaje franco penetró en el corazón de aquel joven vanidoso, que comenzó a

frecuentar a Don Bosco, y luego a decirle: «Quiero confesarme». Don Bosco aquel día estaba atormentado por un forúnculo que le daba fiebre, pero no se rindió y escuchaba tranquilamente la confesión del joven caballero. Sin embargo, después de un tiempo se desmayó y cayó en sus brazos. Este fue el golpe de gracia. Creyéndolo muerto, lo depositó en la cama y llamó a gente. Todos estaban alrededor de la cama, cuando Don Bosco se recuperó, y mirando a su alrededor dijo: «¿Qué hago aquí?». Se levantó y quiso continuar la confesión. Todo este cúmulo de circunstancias sirvió para ganar cada vez más el alma de aquel joven. Él decidió dejar el mundo y se retiró a nuestro Oratorio. Luego se fue a hacer religioso en la Compañía de Jesús.

«¿No ve que todos nos abandonan?»

Apenas comenzada la obra de la Congregación, superadas las dificultades externas, comenzaron las internas.

Recuerdo que una vez, viendo que muchos se alejaban, me tomé la libertad de decirle a Don Bosco: «¿No ve que todos nos abandonan?». Él me respondió: «Dios no necesita a nadie. ¡Somos nosotros, sus pobres criaturas, quienes debemos estarle agradecidos porque nos ha llamado! Si no lo hacemos nosotros, Dios llamará a otros, que escucharán mejor su voz. ¡Verás cómo el Señor proveerá para reocupar los puestos que han quedado vacantes! Mira, yo recuerdo que cuando al principio del Oratorio fui abandonado por todos, Dios me hizo ver la iglesia, la casa, los clérigos, los sacerdotes… Me preguntaban: “¿Pero dónde están?”. Y yo respondía: “Ahora todavía no están, pero yo los veo. ¡Si tenéis paciencia, veréis también vosotros todas estas cosas!”. “¿Pero estos clérigos y sacerdotes qué hábito llevarán?”. Yo respondía: “Deben llevar el hábito de la virtud”. Esta respuesta los convencía de que yo estaba loco. Pero entretanto llegó el Oratorio, la iglesia, los pórticos, los clérigos y los sacerdotes. No dudes: venceremos también esta dificultad».

«Dios quiere todavía mucho de mí, tengo que darme prisa»

Cuando Don Bosco comenzó el Santuario de María Auxiliadora en Turín, uno de nosotros le dijo: «Querido Don Bosco, con tantas deudas que tiene el Oratorio, ¿por

qué hace otras más?». Él respondió: «¿Qué quieres? Siento que me queda poco por vivir, y Dios quiere todavía tanto de mí. Tengo que darme prisa, no puedo evitarlo».

Todo lo que emprendió fue por el gran amor que tenía a la salvación de las almas y a la gloria del Señor.

«Don Bosco, si empieza una obra, la termina»

Todos nosotros éramos de la opinión de que Don Bosco siempre debía tener éxito en sus empresas, porque estaba apoyado en la Providencia de Dios. Una vez me convencí de que también la gente de fuera pensaba así. Me encontraba en el tranvía a lo largo del Po, en el año 1884 o 1885. Una persona, mirando hacia la colina, vio una iglesia aún no terminada (y no lo está tampoco ahora en 1894). Dijo: «¿Qué es ese edificio de ahí arriba?». «Será una iglesia». «¿Es quizás de Don Bosco?». Otro respondió: «Ciertamente no. Ese, si empieza una obra, la termina. Os aseguro que ese edificio no debe ser de Don Bosco». (*Era un templo iniciado por el canónigo Ortalda, director de la Propaganda de la Fe en Turín. La construcción de ese templo se interrumpió por falta de fondos, y permaneció inacabado durante unos 80 años*).

Entretanto, el tranvía nos había llevado delante de la iglesia de San Juan Evangelista, y el mismo individuo terminó diciendo: «¡Esta es de Don Bosco!». Yo no conocí a esa persona que hablaba con tanta precisión de Don Bosco, que con la ayuda de la Providencia había realizado tantas obras.

En los últimos años de su vida, Don Bosco esperaba con alegría el correo de las cartas certificadas y aseguradas, que en general él llamaba «su providencia». Contento luego con lo que recibía, aunque fueran solo cinco liras, decía varias veces: «¡Deo gratias! ¡Gracias a Dios! Mejor esto que un puñetazo en un ojo, por fuerte que sea».

Las mulas y sus arrieros

Recuerdo que un día Don Bosco pasaba por donde ahora está el patio (*junto a la Basílica de María Auxiliadora*), y entonces era una vía pública y una parada para las mulas. Él, evitando acercarse a los animales, dijo sonriendo a los arrieros: «Mi

madre me recomendaba mantenerme alejado de quien no se confiesa». Aquellos entendieron y respondieron: «Esto va por nosotros, Don Bosco. Quiere decir que somos…». «Cristianos —interrumpió Don Bosco—. Pero con poca fe. Os espero, y os aseguro que quedaréis contentos».

«Don Bosco me leyó el corazón»

Era de noche, y yo estaba arrodillado cerca de Don Bosco para confesarme. Estaba angustiado por cosas de conciencia, no sabía cómo expresarme con Don Bosco en confesión, y me decía a mí mismo: «Si Don Bosco, sin que yo le hable, me dijera: "Ve a la santa Comunión", entendería que debo despreciar todas estas inquietudes». Apenas había pensado así, cuando Don Bosco me llama y me dice: «Mañana ve tranquilamente a comulgar». Quise decir una palabra más, pero Don Bosco me repitió: «No te inquietes por nada: ve a la santa Comunión». Y era precisamente lo que había pensado y deseado.

El antiguo alumno

En los 38 años en que tuve la fortuna de tenerlo como padre, maestro, director, admiré siempre en Don Bosco el mismo ardor por la salvación de las almas. No puedo olvidar que la última vez que salió de paseo, un antiguo alumno, habiendo oído por los periódicos que Don Bosco estaba mal, quiso encontrarse con él. «Mi querido —le dijo Don Bosco—, ¿cómo van las cosas?». «Así así —respondió—, rece por mí». «¿Y en el alma cómo estás?». «Procuro ser siempre un digno alumno de Don Bosco». «Dios te lo pague, reza también por mí. Te recomiendo la salvación del alma. Vive siempre como un buen cristiano». Y lo despidió bendiciéndolo.

Giovanni Battista FRANCESIA, sacerdote salesiano.

Sus testimonios están contenidos en el manuscrito del proceso ordinario, copia pública, folios 1555-1771.